

ORAR EN EL MUNDO OBRERO

15º domingo del Tiempo Ordinario (12 julio 2020)

(Comisión Permanente de la HOAC)

Nos disponemos a la oración leyendo y dejando que resuenen estos textos.

En la naturaleza la fecundidad va siempre acompañada del silencio o de un leve susurro. El sol, la brisa, la lluvia, la siembra... En cambio, la tempestad, el huracán, el terremoto, el rayo... Son signos de devastación y de ruina. Dentro de la zona del silencio hay un aspecto que merece una atención especial: el crecimiento. Esta manifestación del poder de Dios se realiza misteriosamente: ni se ve ni se oye... Calladamente, silenciosamente, misteriosamente. Con frecuencia estamos tentados a proyectar crecimientos para nuestras obras apostólicas a base de ruido. Nos deslumbran los progresos de la materia, y creemos que podemos seguir el mismo camino. Y olvidamos que la materia carece de Vida (con mayúscula) y que lo que nos parece crecimiento no es más que un amontonamiento (Rovirosa, OC, T.V. 495).

Uno sabe bien que su vida dará frutos, pero sin pretender saber cómo, ni dónde, ni cuándo. Tiene la seguridad de que no se pierde ninguno de sus trabajos realizados con amor, no se pierde ninguna de sus preocupaciones sinceras por los demás, no se pierde ningún acto de amor a Dios, no se pierde ningún cansancio generoso, no se pierde ninguna dolorosa paciencia. Todo eso da vueltas por el mundo como una fuerza de vida. A veces nos parece que nuestra tarea no ha logrado ningún resultado, pero la misión no es un negocio ni un proyecto empresarial, no es tampoco una organización humanitaria, no es un espectáculo para contar cuánta gente asistió gracias a nuestra propaganda; es algo mucho más profundo, que escapa a toda medida. Quizás el Señor toma nuestra entrega para derramar bendiciones en otro lugar del mundo donde nosotros nunca iremos. El Espíritu Santo obra como quiere, cuando quiere y donde quiere; nosotros nos entregamos pero sin pretender ver resultados llamativos. Sólo sabemos que nuestra entrega es necesaria (EG, 279).

Desde los textos, me sitúo en la vida

Crecimiento, objetivos, proyectos, extensión, iniciación, número... ¡Cuánto nos sigue costando descubrir la fecundidad de lo pequeño; la fuerza de lo débil, la elocuencia del silencio...! ¡Cuánto nos sigue costando aceptar que es Dios quien da crecimiento a lo que sembramos, y que lo nuestro es sembrar, sembrarnos! ¡Y cuánto necesitamos aprender a vivir desde la agradecida gratitud de la entrega!

Me pregunto con sinceridad desde qué claves se orienta mi misión, mi compromiso evangelizador, mi entrega... Le pido al Señor que su Espíritu la oriente.

LOCOS

*Jesús, envíanos locos que se comprometan a fondo,
que amen con algo más que con palabras,
que entreguen su vida hasta el fin.*

*Hazme loca, apasionada imprudente, capaz de riesgo,
ilusionada para empezar algo nuevo,
preparada para el salto a la inseguridad,
entregada a la causa de los pobres,
dispuesta a seguirte sin cálculos ni medidas...
Dame tu Espíritu.*

*Tus locuras son grandes paradojas, Señor.
Comprometerme en el presente,
por un futuro que no veré en esta vida.
Ser aliada del Dios parcial de los pobres
por una causa que es universal.
Luchar por la justicia
en el combate no violento de la paz.
Defender los derechos humanos de todos
desde la opción no neutral por los pobres.
Ser amiga de la alegría, la fiesta, el entusiasmo,
desde la decisión de renuncia y sacrificio.*

*Dame tu Espíritu.
Hazme loca, de la vida evangélica,
acostumbrada a contentarse con poco,
amante de la pobreza solidaria,
dispuesta a cualquier tarea,
capaz de fraternidad y de equipo,
preparada para romper moldes,
libre y disponible, obediente y agresiva, tierna y fuerte,
llevada por tu Espíritu sin leyes ni fronteras.*

Dame tu Espíritu, Señor, hazme loca...

(sobre una oración de Patxi Loidi)



Hoy me dice LA PALABRA...

Mateo 13, 1-23.- Bienaventurados vuestros ojos porque ven, y vuestros oídos porque oyen.



Aquel día salió Jesús de casa y se sentó junto al mar. Y acudió a él tanta gente que tuvo que subirse a una barca; se sentó y toda la gente se quedó de pie en la orilla. Les habló muchas cosas en parábolas:

«Salió el sembrador a sembrar. Al sembrar, una parte cayó al borde del camino; vinieron los pájaros y se la comieron. Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde apenas tenía tierra, y como la tierra no era profunda brotó enseguida; pero en cuanto salió el sol, se abrasó y por falta de raíz se secó. Otra cayó entre abrojos, que crecieron y la ahogaron. Otra cayó en tierra buena y dio fruto: una, ciento; otra, sesenta; otra, treinta. El que tenga oídos, que oiga».

Se le acercaron los discípulos y le preguntaron: «¿Por qué les hablas en parábolas?». Él les contestó: «A vosotros se os han dado a conocer los secretos del reino de los cielos y a ellos no. Porque al que tiene se le dará y tendrá de sobra, y al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene. Por eso les hablo en parábolas, porque miran sin ver y escuchan sin oír ni entender. Así se cumple en ellos la profecía de Isaías: "Oiréis con los oídos sin entender; miraréis con los ojos sin ver; porque está embotado el corazón de este pueblo, son duros de oído, han cerrado los ojos; para no ver con los ojos, ni oír con los oídos, ni entender con el corazón, ni convertirse para que yo los cure". Pero bienaventurados vuestros ojos porque ven y vuestros oídos porque oyen. En verdad os digo que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron.

Vosotros, pues, oíd lo que significa la parábola del sembrador: si uno escucha la palabra del reino sin entenderla, viene el Maligno y roba lo sembrado en su corazón. Esto significa lo sembrado al borde del camino. Lo sembrado en terreno pedregoso significa el que escucha la palabra y la acepta enseguida con alegría; pero no tiene raíces, es inconstante, y en cuanto viene una dificultad o persecución por la palabra, enseguida sucumbe. Lo sembrado entre abrojos significa el que escucha la palabra; pero los afanes de la vida y la seducción de las riquezas ahogan la palabra y se queda estéril. Lo sembrado en tierra buena significa el que escucha la palabra y la entiende; ese da fruto y produce ciento o sesenta o treinta por uno».

Palabra del Señor

Acojo la Palabra en mi vida

La parábola del sembrador nos envía un mensaje atemporal, válido y necesario en cualquier circunstancia de nuestra vida aunque quizá más en esta situación de pandemia y pospandemia que estamos viviendo, en la que podemos sentir que no merece la pena el esfuerzo abocado a fracasar, o que no merece la pena empeñarse en lo que, cada vez menos, depende de nosotros, porque no está a nuestro alcance. Su mensaje es: ¡Animo! A pesar del fracaso aparente, la llegada del Reino es imparable, y el resultado final maravilloso e incalculable, precisamente porque no depende de nosotros, sino de Dios.

Son quienes acogen el Reino con fe (los que pueden escuchar *bienaventurados vuestros ojos porque ven y vuestros oídos porque oyen*) quienes descubrirán la profundidad de su misterio. Pueden porque son los pequeños a quienes Dios se lo ha revelado, quienes han prestado oído a su mensaje, quienes han descubierto los signos del Reino, quienes son capaces de mirar y descubrir, de escuchar y de acoger, tanto la Palabra como la vida.

Por eso el acento no puede estar para los seguidores de Jesús en el éxito final de la siembra, en la cosecha abundante y esperada, sino en la gratuidad de la siembra, en la entrega total y generosa, a pesar de las evidentes dificultades. El acento está en la confianza absoluta en el amor del Padre, y en la respuesta agradecida a su amor que da sentido a nuestra vida.

Estamos llamados a creer, de verdad, en la eficacia del Evangelio, en su fecundidad, y a vivir en lo concreto desde esa fe profunda, proclamando con nuestra vida ese mensaje. La fecundidad no depende de los resultados. Nunca ha dependido de ellos. Es la misma experiencia de Jesús de Nazaret.

Es lo que necesita este mundo: hombres y mujeres capaces de hacer de nuestra vida una siembra desmedida, generosa, confiando en que nada de lo sembrado se pierde, en que Dios es quien le da crecimiento.

Quizá mi proyecto de vida se asienta aún demasiado en la esperanza del éxito y los resultados de mis propias fuerzas. Quizá he de seguir creciendo en la confianza en Dios; quizá he de dejar a Dios hacer su parte en mi vida, y en la tarea del Reino. Quizá esa sea mi parte y mi tarea. ¿Cómo incorporar a mi proyecto de vida lo necesario para eso?

Vuelvo a poner mi vida en manos del Padre:

Gastar la vida

*Señor Jesucristo, nos da miedo gastar la vida.
Pero la vida Tú nos la has dado para gastarla;
no se la puede economizar en estéril egoísmo.
Gastar la vida es trabajar por los demás,
aunque no paguen;
hacer un favor al que no va a devolver;
gastar la vida es lanzarse aún al fracaso,
si hace falta, sin falsas prudencias;
es quemar las naves en bien del prójimo.
Somos antorchas que solo tenemos sentido
cuando nos quemamos;
solamente entonces seremos luz.
Libranos de la prudencia cobarde,
la que nos hace evitar el sacrificio,
y buscar la seguridad.
Gastar la vida no se hace con gestos ampulosos,
y falsa teatralidad.
La vida se da sencillamente, sin publicidad,
como el agua de la vertiente,
como la madre da el pecho al niño,
como el sudor humilde del sembrador.
Entréñanos, Señor, a lanzarnos a lo imposible,
porque detrás de lo imposible está tu gracia y tu presencia*

(Lluís Espinal, sj)



Termino ofreciendo toda mi vida a Jesús

*Señor, Jesús,
te ofrecemos todo el día, nuestro trabajo, nuestras luchas, nuestras alegrías, y nuestras penas...*

María, madre de los pobres, ruega por nosotros.